

Fragmento

Nunca volverás

Hans Koppel



¿Realmente conoces a la gente que te rodea?

Hans Koppel

NUNCA VOLVERÁS

Traducción del sueco por Mayte Giménez
y Pontus Sánchez

 Planeta

Ella le había dicho por escrito que le gustaba pasear por el bosque y pasar tardes agradables en casa, y que estaba buscando a alguien con ganas de jugar. Era casi como una broma, una parodia de la persona más desaborida que hubiese existido en el mundo. Además, llenaba sus mensajes de emoticonos. No dejaba ni una sola línea sin un dichoso muñequito amarillo.

Habían hablado por teléfono la noche anterior y quedaron en el restaurante Gondolen.

A Anders le pareció que tenía más de treinta y dos años. Le hizo una broma al respecto, diciéndole que a lo mejor había utilizado una foto de hacía mucho tiempo y muchos kilos. Entonces ella le mandó una nueva, sacada con el móvil con el brazo estirado, justo antes de irse a dormir.

Anders la estuvo observando y pensó que ya podía tener cien años y parecer tonta de remate si quería, pocas cosas le preocupaban menos que eso.

El alcohol era la mejor solución. Por norma no se tardaba más de treinta segundos en saber si valía la pena el esfuerzo o no. Cenar era tirarse piedras sobre el propio tejado. Estar ahí sentado durante horas sufriendo con una sonrisa tensa. No, cualquier persona familiarizada con el sistema quedaba directamente para

tomar una copa. Si salía bien se podía dar el siguiente paso.

Eran exactamente las seis y media de la tarde y Anders oteó el horizonte; a lo lejos vio las luces de Skeppsholmen y Djurgården.

¿Cuál era el problema? Con ese cuerpo, que fuese una petarda era lo de menos. Podía tener una risa escalofriante o aliento de perro viejo si quería. ¿Sería frígida?

«No, no, nada de eso», se dijo para tranquilizarse.

El móvil empezó a vibrar y Anders contestó.

—Hola —dijo ella—, soy yo. Perdona que no te haya llamado antes. Me he pasado toda la tarde en urgencias.

—¿En urgencias? ¿Estás bien?

Anders Egerbladh elogió su propia capacidad para fingir preocupación. Es lo que llamaba dar en el clavo. La pregunta que se hacía mientras tanto era si lo que le había pasado a ella reducía sus probabilidades de colarse bajo sus bragas.

—Me he caído por la escalera y me he torcido el pie —explicó—. Creía que me lo había roto, casi no puedo apoyarlo.

—Pobre...

Anders le dio un sigiloso trago a la cerveza para no parecer desinteresado.

—Tampoco es tan grave —siguió ella—, me han dado unas muletas y me han puesto un vendaje. Pero me va a resultar un poco difícil bajar hasta el restaurante, así que te quería preguntar si podrías venir a mi casa... Tengo una botella de vino en la nevera.

—Me parece genial —dijo Anders—, me encantaría. Si no es demasiada molestia... Y si no estás muy animada podemos dejarlo para otro día.

«Pero qué genio soy, por Dios.»

—No, no es molestia —aseguró ella—. Creo que me irá bien pasar un rato agradable después de cinco horas en el hospital.

—¿Has podido comer algo? —dijo Anders—. Puedo comprar alguna cosa de camino.

«Soy un puto Einstein.»

—Muy amable por tu parte, pero no hace falta. Tengo la nevera llena.

Le dio la dirección y le hizo una rápida descripción de cómo llegar. Anders memorizó la información y decidió pasar primero por la plaza para comprar un ramo de flores. No sabía por qué, pero siempre funcionaba. Flores y champán.

Para lo segundo tendría que esperar a la siguiente ocasión.

Compró unas flores con tallo largo y una caja de tiritas infantiles en un quiosco de Pressbyrån. Presintió que era una jugada magistral.

Subió la calle Katarinavägen a paso ligero y continuó por la acera de la derecha de Fjällgatan hasta llegar a Sista Styverns Trappa, una escalera exterior de madera que unía las calles Fjällgatan con Stigbergsgatan, que seguía más arriba.

«Seguro que la bautizaron así, en honor a algún currante alcohólico que se gastaba todo el jornal antes de llegar a casa, donde lo esperaba una mujer sin dientes y catorce niños tirándole de la falda», pensó Anders sin fijarse en el coche que estaba aparcado en la calle. No podía saber que la mujer que estaba al volante era la misma con la que acababa de hablar por teléfono y que ahora estaba llamando a su marido para decirle que había llegado la hora.

Anders empezó a subir con gran veneración la escalera que ascendía entre los centros culturales recién reformados. Se imaginó inspeccionando el pie infla-

mado de la mujer con manos sensibles y la cabeza ladeada en señal de compasión, haciéndole un masaje en la espalda, mostrándose comprensivo y estando de acuerdo con todo lo que ella le decía. ¿De verdad la habían hecho esperar cinco horas? La sanidad sueca era realmente una vergüenza.

Anders no sabía que las fotos que había estado mirando fijamente eran copias sacadas de la red y pertenecían a una madre soltera holandesa que tenía un blog. Tampoco podía sospechar que el hombre con el que se cruzó en la escalera llevaba un martillo metido en la manga del abrigo.

Llegaron al mismo tiempo al primer descansillo que había delante del banco del parque, cada uno por un lado. El hombre se detuvo.

—¿Anders? —dijo.

Anders se detuvo.

—¿No me reconoces? —preguntó el hombre—. Soy el padre de Annika. Te acuerdas de Annika, ¿no?

A Anders se le secó la garganta al instante. La expresión de su cara, hasta el momento relajada y expectante, se volvió tensa y afligida.

—Ha llovido mucho desde entonces —continuó el hombre alegremente.

Anders levantó la mano que tenía libre e hizo un gesto hacia el extremo superior de la escalera.

—Tengo un poco de prisa.

El hombre sonrió como si comprendiera y señaló el ramo de flores.

—¿Una cita?

Anders asintió.

—Llego tarde —dijo intentando parecer natural—. Me habría encantado charlar un rato contigo.

—Entiendo —contestó el hombre.

Sonrió, pero no hizo ningún ademán de seguir ba-

jando. Anders se volvió, indeciso, puso el pie en el siguiente escalón.

—Hablé con Morgan —añadió el hombre y dejó que el martillo se deslizara por el guante.

Anders se quedó quieto en la escalera, de espaldas a él. Estaba inmóvil.

—O más bien fue él quien me habló a mí —dijo el hombre—. Tenía muchas cosas que contar, quería aliviar el corazón antes de morir. Cuando fui a verlo no era más que un saco de huesos. Supongo que sería la morfina lo que le hizo entrar tanto en detalles. Tenía la lengua muy suelta.

Anders empezó a volverse lentamente. Con el rabillo del ojo intuyó algo que se le acercaba a toda velocidad, pero era demasiado tarde para esquivarlo o protegerse con el brazo. El martillo le acertó en la cabeza y le fracturó el cráneo a la altura de la sien. Estaba inconsciente antes de llegar al suelo.

El hombre se puso encima de Anders y levantó de nuevo el martillo. Probablemente, el segundo y el tercer golpe resultaron mortales, pero aun así el hombre continuó dando martillazos para asegurarse. Como si quisiera borrar todas y cada una de las impresiones y experiencias que Anders había acumulado a lo largo de su vida; como si pretendiera erradicar toda su existencia. El hombre no dejó de golpear hasta que el martillo quedó encallado dentro del cráneo.

Así lo dejó, echó un vistazo rápido a su alrededor y después bajó la escalera y subió al coche que lo estaba esperando. La mujer que conducía se incorporó a la calzada.

—¿Ha sido difícil? —preguntó ella.

—En absoluto —respondió el hombre.

—Hola, mi nombre es Gösta Lundin, soy profesor emérito en psiquiatría y autor de *La víctima y el perpetrador*, que supongo que muchos de vosotros habréis leído.

»No hace falta que levantéis la mano. Pero gracias de todos modos, os lo agradezco. Muchas gracias.

»Antes de empezar, ¿cuántos de vosotros sois policías? Ahora sí que podéis levantar la mano.

»De acuerdo. ¿Y cuántos, sociólogos?

»Mitad y mitad, más o menos. Muy bien, ahora ya lo tengo claro. En realidad es una pregunta irrelevante, no es que modifique el contenido según los profesionales a los que me dirija. Supongo que sólo lo hago por curiosidad. O a lo mejor separaría más las piernas si sólo tuviese policías delante, agentes escépticos con los brazos cruzados. Quién sabe.

»Da igual. El tema de hoy es «¿Cómo es posible?»

»Es una pregunta que solemos hacernos muy a menudo. ¿Cómo es posible? ¿Por qué no se resisten? ¿Por qué no huyen?

»Más o menos las mismas preguntas que suelen hacer los jóvenes la primera vez que oyen hablar del Holocausto. ¿Cómo fue posible? ¿Por qué no opusieron resistencia? ¿Por qué no se escaparon?

someter a sus víctimas son los mismos en todo el mundo, y tan antiguos como la humanidad. Los jefes recurren a las mismas técnicas que los autócratas por la simple razón de que sólo existen dos formas de control: la zanahoria y el látigo. Puede ser más de lo uno y menos de lo otro, pero todos los métodos son meras variantes de estos dos.

»Aunque no me pagan para estar aquí simplificando lo difícil. Soy académico y, como tal, he sido instruido para complicar las cosas y parecer inteligente y profundo.

»Lo cual es la razón por la que se han inventado las presentaciones en PowerPoint.

1. Traslado, aislamiento social
2. *Breaking in violence*
3. Inanición
4. Agresión/amenaza de agresión
5. Degradación
6. Culpa
7. Amabilidad, recompensas
8. Bloqueo del yo
9. Pérdida de la perspectiva de futuro

»¿Lo veis todos bien? Si empezamos con el primer punto...

»Por eso creo que lo mejor será empezar por ahí.
Con Adolf Hitler.

»Como todos sabemos, el austríaco del bigote ha pasado de ser un personaje histórico a una figura mitológica, el símbolo del mal en su esencia más pura.

»Lo de “Yo sólo cumplía órdenes” es una frase hecha, un recuerdo de que constantemente tenemos que cuestionarnos la autoridad y seguir nuestro propio convencimiento.

»En nuestro país, lo opuesto a Adolf Hitler se llama Astrid Lindgren.

»Ella simboliza todo aquello que es bueno en la vida. La humanista inteligente y sensata que cree en lo bueno y trata de cultivarlo en las personas.

»Hay multitud de narraciones y locuciones con moraleja que todo el mundo atribuye a Astrid Lindgren. Una de las citas más conocidas nos dice que a veces tenemos que hacer ciertas cosas a pesar de que sean peligrosas. Si no, no somos personas sino simples mierdecillas.

»Astrid y Adolf, blanco y negro, bueno y malo.

»La ingenua representación del bien y del mal es atractiva y nos seduce. Queremos pertenecer a los buenos, queremos hacer el bien.

»Tras años de entrevistar a víctimas y a perpetradores, los cuales también son víctimas, cosa que a menudo pasamos por alto, sé que la mayoría de los presentes en esta sala, incluido yo mismo, podemos transformarnos sin mayor dificultad tanto en lo uno como en lo otro.

»Todos tenemos a Adolf y a Astrid dentro. Negarlo es ser un necio.

»Pero dejemos a un lado la parte filosófica. Estoy aquí para hablar de lo que pasa en la práctica.

»Los métodos que los perpetradores emplean para

Jörgen Petersson esperó a que el dependiente le envolviera el póster de Homer Simpson, un regalo para su hijo pequeño que estaba a punto de cumplir años. Jörgen paseó la mirada por la tienda hasta que sus ojos se detuvieron en un cuadro de Lasse Åberg. A diferencia de lo habitual, Mickey Mouse no aparecía por ninguna parte. El cuadro representaba una vieja foto de clase y la mitad de las caras habían empezado a palidecer y borrarse. Sólo unas pocas permanecían intactas. Quizá un poco demasiado obvio, pero a Jörgen le gustaba lo simple. No tenía la menor intención de pasarse la vida yendo a las subastas de Bukowskis a la caza de una obra adecuada de algún artista sobrevalorado.

El interés que tenían los ricos por el arte superaba la capacidad de comprensión de Jörgen. ¿Qué era sino un cúmulo de vanos intentos de alcanzar la libertad a base de comprar? Una forma de distanciarse de los que no tenían dinero ni posibilidades.

Jörgen podría perfectamente decorar el pasillo con los tres cuadros. Anders Zorn encajaba como un guante, pero al idiota naturista de Bruno Liljefors y al feliciano de Carl Larsson en verdad prefería darles puerta, adiós muy buenas.

Por lo demás, ya tenía un Zorn, un póster sacado

del museo de Mora que ahora decoraba la letrina exterior de la casa de campo. Jörgen solía contemplarlo mientras cagaba. Eran la necesidad y el placer fusionados en un mismo momento. Ni su esposa ni sus hijos entendían su fascinación por el cuadro; a ellos jamás se les ocurriría utilizar la letrina pudiendo estar cómodamente sentados dentro de casa con calefacción en el suelo. La mujer de Jörgen incluso había propuesto echar abajo el excusado complementario.

Jörgen se había negado, a pesar de que no acostumbraba a meterse en las decisiones que se tomaban dentro del hogar. Pero por ahí no pasaba. ¿Una hectárea y media de terreno, casi cuatrocientos metros de playa y no le dejaban cagar tranquilo en su propia letrina en compañía de crucigramas a medio hacer escondidos entre las páginas de revistas descoloridas?

El límite que Jörgen había marcado había sido una buena jugada. Aumentó el respeto de su mujer y reforzó su imagen de hombre excéntrico y cabezón, dos cualidades nada despreciables en un hombre rico.

Estudió el cuadro de Åberg un rato y trató de recordar la foto de su propia clase.

¿De quién se habría olvidado? ¿A quién recordaría?
¿Y quién se acordaría de él?

Era muy probable que sus antiguos compañeros hubiesen leído sobre él en alguna parte. Había aparecido varias veces en la prensa, y los cotilleos sobre el dinero y el éxito corrían rápido de boca en boca. Pero tampoco era tan famoso como para que la gente reaccionara si se subía en el metro.

La vida de Jörgen recordaba una partida afortunada al Monopoly. De repente se vio allí sentado con todos los hoteles y bienes inmuebles, y el dinero empezó a entrar por sí solo, sin el menor esfuerzo. Los montones fueron creciendo.

El primer pellizco lo consiguió con una empresa de páginas web, cuya única función tras toda la retórica sobre las posibilidades del futuro era hacer webs con un diseño normal y corriente. Eran tiempos en los que sólo los iniciados conocían el término TIC y las empresas todavía enviaban a sus empleados a hacer cursos para aprender a utilizar los procesadores de texto más sencillos.

Jörgen se había librado de los focos por la simple razón de que los dos socios con los que fundó la empresa eran unos chupacámaras con afán de salir en todas partes.

La empresa nunca había tenido beneficios, pero aun así su valor en bolsa creció hasta alcanzar los dos mil millones de coronas. Jörgen negaba con la cabeza frente a la locura que estaba sucediendo, lo cual sacaba de quicio a sus dos compañeros, embriagados por el éxito, que salían citados en la prensa y confiaban ciegamente en sus planes de futuro. Al final le ofrecieron comprarle su parte a Jörgen por más o menos la mitad del valor de su bolsa de acciones y se rieron a carcajada limpia cuando él aceptó la propuesta: cien millones a tocateja, gracias y hasta la vista.

«¿El negocio más tonto del año?», decía el titular que anunciaba el trato, una noticia que en gran parte era idéntica al comunicado de prensa que los compañeros de Jörgen habían hecho público rebosantes de alegría.

Un año más tarde, los ex socios de Jörgen estaban endeudados, la empresa había sufrido una reestructuración y había perdido prácticamente todo su valor.

Entonces era con Jörgen con quien querían hablar los periódicos, pero él había rechazado amablemente todas las entrevistas y le había dedicado un agradecimiento silencioso a su amigo más cercano, Calle Col-

lin, periodista *freelance* de la prensa semanal que, estando borracho, siempre repetía incansable sus sabias palabras sobre la vida pública.

—No tiene nada de positivo dejarse ver, nada. Hagas lo que hagas, nunca enseñes el careto. Si no eres Simon Spies, mantente alejado.

Calle Collin era uno de los pocos que no habían sido borrados de la foto de clase que Jörgen tenía en la cabeza. ¿De quién más se acordaba? Un par de chicas guapas e inalcanzables. Jörgen se preguntaba dónde estarían en la actualidad. No, no se preguntaba dónde estarían, se preguntaba qué aspecto tendrían. Las había buscado en Google pero no había encontrado ninguna foto, ni siquiera en Facebook. Lo cual no podía ser mera coincidencia.

Se imaginó unas caras ajadas por los cartones de vino y se consoló al pensar en la decadencia de sus cuerpos. Los pechos que una vez habían desafiado la ley de la gravedad y ocuparon sus fantasías masturbadoras ondeaban ahora sin vigor alguno dentro de unos sujetadores acolchados.

Uf, qué cínico parecía. Jörgen se consideraba más persona que eso.

¿O no?